

# DEBER DEL

# LLANTO



LAUREANO ALBAN. Poeta costarricense ganador de varios premios internacionales de poesía, entre ellos el Adonais 1979, ha enviado desde Nueva York, para los lectores de FORJA, este anticipo de su último libro "Biografías del terror". El volumen apareció ya en francés y está pronto a publicarse en inglés. Son poesías motivadas por testimonios crispantes de la violación a los derechos humanos, tan corriente en nuestra América.



sospecha, la intención del cantante como fin en sí mismo, pero a la vez intencionalmente —paradoja desde los sueños— como evidencia de ésta nuestra dolorosa temporalidad.

Cuando Salinas aseveró que "la poesía es una aventura; hacia lo absoluto", incorporó la palabra "aventura" a su afirmación, ella misma, raíz de suceder, significante de contingencias, categoría de lo humano. Y Octavio Paz, contemporáneamente, la ha definido con mayor precisión, al afirmar que "el poema sin dejar de ser palabra en la historia, trasciende la historia".

Esa polémica dicotomía entre la poesía atada o liberada al referente cultural, esos equilibrios desgarradores entre el peso, mayor o menor, del "ritmo imaginativo" o del "ritmo conceptual" en el poema, se me aparecieron, a lo largo de la confección de este libro, como dos sombras en la misma luz: la poesía como totalidad sin condiciones, "cuya finalidad es perseguir la plena integración del hombre", como aseguró Perse, aún más allá de su perspectiva surrealista, o quizá por ella misma.

Por ello, cuando la crispación y la incertidumbre creadoras fueron mayores, me refugié en las transparentes e iniciales afirmaciones de nuestro "Manifiesto Transcendentalista", el cual suscribí en 1974, junto con los también poetas costarricenses: Julieta Dobles, Carlos Francisco Monge, Ronald Bonilla y Rodrigo Quirós. Y muy especialmente recordé esta: "La verdadera poesía siempre ha estado comprometida, de alguna manera, a partir de ella misma, con todas las circunstancias dándole un sentido trascendental, y expresando aquello que, aunque real y propio de la vivencia humana, no logra expresarse en las ideas, puesto que, por su propia naturaleza, trasciende los marcos de la experiencia contingente". Y, me pregunto: ¿No es el terror impuesto hacia y en la muerte, una circunstancialidad que, como vivencia de oscurísimo misterio, se trasciende a sí misma?

De esta manera, cada poema pretende partir de un testimonio objetivo, recogido generalmente sobre el terreno por Amnistía Internacional, y acontecido entre 1973 y 1977 en los países del cono sur de América Latina. Estos testimonios, ya irrefutablemente históricos, han sido valorados en esta obra en su dimensión estrictamente humana, quizá más que como tema limitante, como catalizadores psicológicos desencadenantes de un abierto proceso creador. Es por ello que la denuncia en sí, es, generalmente, un agónico y constante sonido de fondo, sobre el que se van sucediendo los múltiples niveles de sugerencia abiertos por la poesía.

Tanto quienes busquen la consabida pancarta política de urgencia en este libro, como quienes exijan una liberación formalista total de la poesía con respecto al referente histórico, saldrán igualmente defraudados. El está fundamentado en el equilibrio constantemente roto, que la vida y la inteligencia imponen diariamente a la sensibilidad: "palabra esencial", atisbo de lo absoluto, pero siempre, inmersa "en el tiempo", asidero y evidencia de la realidad, como paradójica y complementariamente lo enunció Antonio Machado.

En mi ventana, cerca y "lejanísimo", está amaneciendo. Pájaros inabarcables, con sus silbos están aún creando la luz. Aquí en la inminencia —temporal y atemporal— de la aurora, todo es posible, también el entregaros este "salto en el vacío". Recoged los restos ya estrellados sobre el suelo, con el mismo clarísimo amor con que fueron armados como canto en el sueño. Porque, quizá las oraciones de los poetas por los poetas, sigan siendo un valedero antídoto contra la osadía inexplicable de la mirada creadora. Así, Apollinaire, déjame repetir contigo desde tu claridad: "Piedad para nosotros que siempre combatimos en las fronteras de lo sin límite y del porvenir".

L. ALBAN  
New York,  
octubre, 1983

Guillermo González de Asís. Chileno. Albañil de 30 años de edad. Fue detenido el 12 de setiembre de 1975 en el pueblo de Pablo de Rocka, en San Bernardo, después de una larga persecución policial, debido a lo cual sufría de úlceras estomacales. Ocho personas que estuvieron detenidas junto con él, entre setiembre y octubre de 1975 en Villa Grimaldi, declararon que el señor González había sido tremendamente torturado, y que se encontraba en un estado físico extremadamente pobre. Llevaba permanentemente cadenas en las manos y en los pies y era constantemente amenazado por los guardias.

Con lentitud de ave acorralada  
baja la muerte por la herida,  
como si no pudiera hallar el centro  
donde la luz resiste,  
puntual estrella  
rodeada por las altas  
esfigies del olvido.

Pero no hay regreso;  
no hay camino ni ala  
desde el ojo del pánico  
hacia el viento salvado.

Un pesado desdén de sólo sombra  
cae, no como lluvia,  
cae, no como noche,  
resbala por tus brazos  
sin ser río ni nada;  
pero con la constancia  
de los advenimientos  
más impuros del llanto.

Y preguntas, sabiendo  
que la respuesta es ciega  
y afilada de ausencias,  
y que no llegará porque no existe,  
extendiendo tus manos  
hacia donde se acaban:  
¿cuándo, hacia dónde, nunca?

Es de día en el parque  
y en la flor de lo vivo.  
La primavera empieza  
a crear la traslúcida  
irrealidad de su aire,  
entre los bosques todos  
vueltos ya lejanías.  
Pero tú no lo sabes,  
ni lo sabrás mañana.  
¿Acaso es necesario  
saber que el día llega  
a la espiga del mundo  
para morir, dejándolo?

Sólo una lenta, lenta  
conjuración de losas agresivas,  
garras de fuego pálido,  
rostros que miran como hundiéndose

en tu sed más amada,  
sientes, escuchas, sabes  
entre la adivinanza  
sangrienta de tu aire  
de inesperadas sombras.

Tú que sólo sabías  
del ladrillo y su vuelo;  
que ponías la argamasa  
dulcísima del pueblo  
entre una arista y otra  
alizando lo agreste de la pena.  
Tú que sólo sabías  
de torres y paredes  
y equilibrios reunidos  
por el rayo artesano de tus manos.

Nunca ya entenderás  
por qué aún no termina  
la muerte de construir  
su pared en tus ojos,  
por qué no se decide  
el estrago de tanta  
sombra y sombra pendida,  
a caer en la pálida  
manera que tu pecho  
tiene de deshacerse.

Sin embargo, ya sabes  
que fuera de la vida,  
al borde sólo de ella,  
tan cerca que caemos,  
hay ciudades construidas  
con ladrillos de pánico,  
hay paredes alzadas  
por equívocos llantos,  
hay una interminable  
construcción de silencios.



# Balada de la otra muerte



Hugo Pereyra. Uruguayo. Obrero de la construcción y sindicalista de 54 años. Fue arrestado a finales de 1975 y ferozmente torturado en el Batallón de Blindados No. 13. Murió en agosto de 1977 en el Cuartel de La Paloma, en el Cerro de Montevideo. Su cuerpo fue entregado a sus familiares y presentaba múltiples hematomas en todo el cuerpo, heridas en la cabeza y un profundo tajo en el abdomen. Paradójicamente las Fuerzas Conjuntas atribuyeron su muerte a embolia cerebral.

Llegará la muerte, pero no será la muerte del pájaro que espera en la rama que la luz lo lleve más fuego que el ala, y cae sonoro de ceniza y alba.

No será la muerte que llega a los seres casi transparentes a darles el giro final de la ausencia.

Llegará la muerte, pero no vendrá cortés y oscurísima a segar los hilos que unen las cosas diáfanas al alma.

No abrirá la puerta con brisa en las manos.

No preguntará, tan queda de niebla, por el nombre último segado en los labios. Y no cruzará la alcoba con paso de río lejano, del que sólo llega el rumor más blanco.

Llegará la muerte quemando la casa, con furia, con alas helantes de ultraje. Romperá los pozos de luz erigidos en cada ventana. Subirá a los ojos las crueles medallas de su adiós en llamas. Romperá las puertas, espejos y trajes,

los puentes del aire.

Dejará los cuerpos lejanos, rasgados, los ojos cubiertos de ceniza amarga, las piernas segadas por sus noches pálidas, las heridas todas borrando la boca, y las lejanías entre la mirada



sin cielo quemadas.

Llegará la muerte que estalla, que pasa como último rayo, más fuego que el cielo, más río que el hombre, más siempre que el canto.

Llegará la muerte, pero no será la lejana y pálida mano que prepara sombra en las palabras.

Será sólo un golpe y un golpe de rojas agujas totales. Como si agresivas rosas incendiadas el sitio del cuerpo del todo llenaran.

## Acta de oscuridades

Carlos Baro. Argentino. Médico de profesión y miembro del Partido Comunista de su país. Fue secuestrado el 16 de julio de 1976 y sometido a tortura: picana eléctrica, colgado por los pies e inmersión hasta los límites de la asfixia en tambores de agua, inyección de sustancias tóxicas en los testículos y el brazo y pie derechos, arrancado de uñas, etc.. El 21 de julio de 1976 fue abandonado en la carretera No. 7 de Jáuregui. Ante la policía de dicha localidad hizo una declaración acompañada de un acta médica, donde se certificaba que la víctima presentaba, además de múltiples heridas y cicatrices en todo el cuerpo, gangrena del pie derecho y abscesos en ambos testículos.



el celo de la asfixia inmediata a su luz. Para que nadie sumerja los ojos entre su paraíso pequeñísimo.

El veinticinco de junio de mil novecientos setenta y seis, en Jáuregui, Argentina, ha quedado constancia que los cuerpos se pueden llevar, herida a herida, hasta la orilla delgadísima de una muerte sin velos, y dejarlos ya casi del color de la nada, con esa desnudez inconmutable que las llagas y el viento imponen sobre el hombre.

Consta también que en su mirada fueron encontrados innumerables espejos como de sangre, o algo semejante a la sangre cuando se vuelve pánico infinito en los ojos; y tres ríos de acidísima ceniza subiendo el corazón, y su pronta palabra.

Debajo de la piel un centímetro inmóvil de silencio repelía la caricia, el contacto, la lluvia. Se cree que fue creciendo al sostener los días de la sombra.

En las manos, más allá de su ámbar ternísimo, fue encontrada la punta, el nacimiento rojo de un vengante relámpago; y al agitarlas de improviso, en el aire, se comprobó que caían flores y ceniza, negándose interminablemente.

En los pies había noche, ríos sólo de noche y vaticinios.

En el vientre una arcilla quemada como el pan anunciado a la muerte.

En la garganta fueron detectadas quemaduras inexplicablemente vivas como de llamas o palabras negadas largamente. Y de los hombros caían los ladrillos del azul quebrados para siempre.

Hay quien dice, también, que al dormir parecía vigilar otra sombra. Y que su voz dejaba una marca de ceniza llamando.

Y que la frente, aún siendo la misma, se alzaba azorada de ausencia, como alzando distancias de sólo oscuridad.

Todo esto fue anotado con rigor y con lágrimas, largamente medido cada tramo de niebla. Para que nadie olvide

Para que conste, hoy, que Carlos está lejos y la herida persiste, se levanta esta acta donde sigue otra sangre, donde cae la lluvia de las garras del hombre; y la firman, de pronto, como sobre su cuerpo firmaron para siempre, la soledad, la sombra, y las heridas todas como una sola mano.

